vantarse, rogó á sus Hijas que la trasladaran á una enfermería alta, donde, por una reja que en ella había y daba á la iglesia, podía oir Misa, y pasó allí muchas horas como transportada en oración, acompañada sólo de Ana de San Bartolomé.

Antes de recogerse entró Catalina de la Concepción, ansiosa de saber si su amada enferma experimentaba algún alivio y con el propósito de velar á su lado. Ana se opuso á este deseo, y le mostró á la santa Madre tranquila al parecer.

—Ya ve su reverencia, —dijo, — que nada hay que hacerle: descanse ahora, y si mañana es preciso aceptaré su buena voluntad.

II

Al nacer el alba, Teresa abrió los ojos; miró á su compañera con inefable expresión de gratitud, y le indicó por señas el sitio en que se hallaba su breviario.

Ana se apresuró á llevarlo; la santa Madre le abrió trabajosamente; buscó entre sus hojas una cifra, cuyo color indicaba estar escrita de mucho tiempo, y la mostró á la religiosa.

—Sí,—dijo ésta;—bien la veo. ¿Qué me quiere decir su reverencia?

—Hace ocho años,—murmuró con acento débil como un suspiro,—me fué revelada la partida... desde esta noche... sé el día y la hora...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la pobre Ana, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Llanto?—dijo Teresa con dulce tono de reconvención.—¿Llanto porque... se acaba... mi destierro?

—¡Oh, Madre!—gimió la fiel amiga.—Ruegue al Señor que tenga piedad de nuestra Orden, y nos conserve la más firme columna de ella.

—*¡Sólo Dios basta!*—respondió con acento muy marcado. Avise á mi padre... Fray Antonio de Jesús... y no muestre... pena... sino alegría; antes se lo hubiera dicho... si no me detuviera... el temor... de... afligirla.

III

El Provincial acudió al momento, tan abatido y lloroso que daba compasión. Al fin procuró dominarse, y entró en la enfermería.

Teresa se confesó muy despacio, y con una contrición que edificaba; el extremo de su humildad la hacía juzgarse la más pecadora y miserable de las criaturas. ¿Qué había hecho por Dios para lo que hubiera podido hacer? ¿Qué eran sus obras imperfectas comparadas con los tesoros que la misericordia del Señor le franqueaba, y qué habría aprovechado copiosamente quien no fuese tan ruin como ella?

Cundía entretanto la alarma en el convento, y la mala nueva se esparcía en toda Alba; las religiosas buscaban la soledad del coro para desahogar su dolor; las súplicas y penitencias aumentaban; los altares resplandecían de luces, y los rezos terminaban con fervorosas rogativas.

—¿Perderemos á nuestra Madre?—decía la joven novicia á su compañera la profesa, con quien hablaba en el huerto la tarde que llegó Teresa de Jesús.

—¡No lo quiera Dios!—repuso con vehe-

mencia la interpelada.—Mas los presagios siguen, y creo que nada bueno auguran. Durante el paroxismo de esta noche, nuestra Madre Priora ha visto dos luces muy brillantes en la ventana de la enfermería.

—¿Sabe su reverencia lo que dice Catalina de la Concepción?

—No.

—Al salir del coro la hallé extremadamente pálida, y le dije: «¿Qué tiene?» «He visto,—me respondió temblando,—un rayo *color de cristal*, muy transparente y hermoso, bañar todo el lecho de nuestra santa Madre, y especialmente su venerable cabeza; lo que es tanto más de notar cuanto que aquella parte de la estancia siempre es obscura.» (P. Yepes, lib. II, fol. 469. Todo lo que se refiere de dichas señales, es de esta obra y del capítulo citado.)

IV

La noche del 3 de Octubre presentaba la enfermería un aspecto brillante y conmovedor: frente al lecho que ocupaba la fundadora, se levantaba un altar profusamente adornado de luces y flores; hierbas aromáticas y capullos de rosas cubrían la pobre tarima donde yacía la enferma con el abatimiento propio de un cuerpo á quien abandona lentamente la vida.

Cruzadas las manos sobre el pecho, y perdida la mirada en misteriosa y extática contemplación, decía á las religiosas que la rodeaban:

—«Hijas mías y señoras mías: perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de

mí, que he sido la mayor pecadora del mundo y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis Hijas, que las guarden con mucha perfección, y obedezcan á sus Superiores.»

Los sollozos levantaban con violencia el pecho de aquellas criaturas angelicales, mientras los labios permanecían heroicamente mudos; hubiérase dicho que por un convenio tácito dominaban toda su emoción para no turbar el reposo que parecía disfrutar su amada Madre.

Pocos momentos después, la Comunidad entera, llevando hachas encendidas, penetraba en la enfermería acompañando el sagrado Viático que traía el Padre Provincial. El buen anciano, traspasado de pena, oraba mentalmente por la Reforma carmelitana, á quien amenazaba próxima orfandad. Al aproximarse el Huésped divinísimo, la que yacía desplomada y sólo á poder de medicinas crueles parecía alentar, se incorporó con tal ligereza que el asombro paralizó á los circunstantes.

Ansiosa, enamorada, resplandeciente el rostro que un vivo color encendía; hermosa como en los albores de su florida juventud, tendió las manos hacia el *Amado* de su corazón, y exclamó con un acento que no parecía pertenecer á la tierra:

—«¡Oh Señor mío y Esposo mío!: ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya de que nos veamos, Señor mío; ya es tiempo de caminar; sea muy en hora buena, y cúmplase vuestra voluntad! Ya es llegada la hora de que yo salga de este destierro, y mi alma goce con Vos lo que

tanto ha deseado!» (P. Yepes, lib. II, fol. 471.)

Se interrumpió, cruzó las manos, y prosiguió con grande suavidad y ternura:

—«¡Oh, Señor, que me amas más de lo que yo me puedo amar y entiendo: ven, vida de mi alma, y seas bendito para siempre!» *(Exclamación* 17.)

Fray Antonio de Jesús levantó la sagrada Forma, mientras las religiosas, con la faz en la tierra, repetían en coro como el eco de la penitencia y la humildad:

—Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; decid una palabra, y mi alma será sana.»

V

Algún tiempo después de comulgar, permaneció Teresa de Jesús recogida en delicioso éxtasis, mientras el Provincial recitaba las oraciones, á que respondía la Comunidad.

—«En fin, Señor, soy hija de la Iglesia» (P. Yepes, libro II, folio 471),—exclamó la santa Madre con un suspiro de consuelo, dejándose caer pesadamente sobre las almohadas.

Fray Antonio de Jesús la interrogó con una mirada, á la que ella respondió animosamente:

—¡La Extremaunción, Padre mío!

El Provincial le administró el último Sacramento con que la Iglesia fortalece á sus hijos para que triunfen de los últimos combates, en tanto que la fundadora repetía en voz baja estos versículos del *Miserere:*

—«El sacrificio agradable para el Señor es un

espíritu atribulado; Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado.

»No me arrojes de tu presencia, ni apartes de mí tu santo espíritu.

»Crea en mí, Señor, un corazón limpio y puro.» (P. Yepes, libro II, fol. 472.)

El Provincial se retiró llevándose el Santísimo Viático, y apenas lo reservó en el tabernáculo, volvió á la enfermería.

¡Pobre anciano, cuánto le hacía sufrir haber accedido á los ruegos de la Duquesa para mandar á la santa Madre que viniese á Alba! ¡Parecía tan dichosa en volver á su convento de Avila! Mas ¿no eran éstas también sus hijas muy amadas? ¿No estaba él á su lado para consolarla en cuanto fuera posible?

Llegó junto al lecho de la enferma combatido por tales pensamientos, y ella le miró con tanta paz, que el religioso sintió libre su conciencia de un peso gravísimo. Comprendió que, desasida por completo de la tierra, moría gustosa allí, porque de este modo cumplía la voluntad de Dios.

Las monjas se habían retirado á orar en el coro; Ana de San Bartolomé continuaba al lado de la fundadora, y Catalina de la Concepción salió al claustro más próximo.

—Madre Teresa,—dijo Fr. Antonio,—¿permite su reverencia que le haga una pregunta?

—Hable, Padre mío,—repuso débilmente.

—Si Dios fuera servido de llamarla en esta enfermedad, ¿quiere que se lleve su cuerpo á Avila ó que se quede aquí?

Al preguntar de tal modo el Provincial, quería compensar en lo posible la contrariedad que

debió padecer la santa Madre al ser detenida cuando se encaminaba á su ciudad natal.

Una expresión de tristeza anubló el semblante de la moribunda, á la vez que respondía :

—«¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?» (P. Yepes, lib. II, fol. 474.)

¿Podía demostrar más su desprendimiento la que había sido maestra y esclava de la pobreza?

El Provincial nada contestó, y después de recitar las oraciones de los agonizantes se retiró á velar en la iglesia.

VI

La noche fué cruel ; dolores horribles valerosamente soportados, grandes congojas y desmayos, combatían aquella destruída naturaleza ; al rayar el día se tranquilizó, y cerca de las siete se echó de un lado , como pintan á la penitente Magdalena, abrazada á un crucifijo, con gran sosiego y extraordinaria quietud; cayó en un estado que no era sueño ni vigilia, paroxismo ni agonía ; el color era natural, la expresión del rostro apacible y risueña, y la respiración tan débil que apenas se le percibía. Ni medicinas violentas, ni remedios activos, pudieron conseguir nada: inmóvil, serena y dichosa, como si contemplara las delicias del paraíso, permaneció en tal estado catorce horas.

El toque de agonía, lento y desolador, que á intervalos dejaban oir las campanas del convento, se repetía en las demás torres de la villa ; todos los corazones estaban afligidos, y doquiera se oía murmurar :

—¡Qué triste día para Alba! ¡La *santa* va á morir!

Este título que debía tardar algunos años en honrar su memoria se lo daba ya el pueblo, testigo de sus combates, virtudes y sufrimientos.

Mas si el dolor general era tan vivo, ¿qué diremos del que sentían sus hijas, la duquesa de Alba y Teresa Láiz? Las primeras sólo vivían para la oración y la penitencia; las segundas, pálidas y acongojadas, estaban continuamente en la iglesia del convento, donde unían sus plegarias á las rogativas de la Comunidad.

Pocos minutos faltaban para las nueve, la noche del 4 de Octubre de 1582, veinticuatro horas después de haber administrado á la enferma los santos Sacramentos, y su situación era la misma que á las siete de la mañana. Catalina de la Concepción , pronta para acudir á la primer señal de llamada, ocupaba su puesto en un rincón de la desierta galería; cruzadas las manos, oraba con fervor, mientras Ana de San Bartolomé, sola y de rodillas junto al lecho de la moribunda, leía en su breviario las letanías de la Virgen. La luna, pálida y dulce amiga que tantas veces acompañó á la fundadora en sus viajes , deslizaba por la entreabierta ventana un rayo puro y suave, como cuando ayudaba á su piadosa vela en el derruído portal de Medina del Campo. De pronto, un resplandor, vago al principio, luego más intenso y brillante, hizo palidecer el argentado rayo y perderse la luz de la lámpara; la freila, sorprendida, alzó la cabeza, y toda la sangre le afluyó al cora-

zón. ¿Eran ilusiones de su cerebro? ¿Era realidad lo que veía?

Teresa de Jesús, incorporada en su pobre lecho, abiertos los ojos y bañados por aquella radiante claridad, miraba enfrente de sí con una expresión que sería imposible de pintar; la fiel compañera, helada de temor respetuoso, siguió la misma dirección, y vió...

En un fondo luminoso que tenía en sus rayos todas las gradaciones del iris, estaba de pie el Hijo de Dios, radiante de majestad y hermosura; un grupo de ángeles envueltos en transparentes nubes, esparcían ante Él delicadas flores.

¿Engañaban á la pobre Ana á la vez de los ojos los oídos, ó una voz desconocida modulaba palabras de infinita dulzura, que un concierto lejano acompañaba con vagas melodías?

—Ven, amada mía,—suspiraba en el ambiente aquel acordado divino acento;—ven, paloma mía, que ya ha pasado el invierno de esta vida y empiezan á aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad y de mi gloria.

Dilatada la vista que alcanzaba percepción extraordinaria, la religiosa contemplaba al mismo tiempo á la cabecera del lecho á la Virgen María y al santo carpintero de Nazareth, que sostenían amorosamente á la dichosa Teresa de Jesús.

Pero ¿qué rumor como el de muchas personas que alegremente caminan se une á esta maravillosa visión? La puerta de la enfermería es pequeña para dar paso á la alborozada tropa; son vaporosas figuras vestidas de blanco, que llevan palmas en las manos y las sienes ceñidas con

resplandecientes coronas: son los mártires que habían ofrecido á la fundadora acompañarla en su venturoso tránsito.

Ana de San Bartolomé, que tardó menos en ver estas maravillas que nosotros en apuntarlas, inclinó la frente hasta la tierra y adoró con humildad al Verbo de Dios, á su santa Madre, al bendito protector de la Orden carmelitana y á los dichosos cortesanos de la Sión eterna. En tanto Catalina de la Concepción, que en la obscuridad de la galería había visto pasar las blancas y radiantes sombras, continuaba rezando y temblaba con todos sus miembros.

Las nueve sonaron lentamente en un reloj lejano; Ana levantó los ojos, miró á la santa Madre y lanzó un grito.

Rígida, pero con inefable expresión de felicidad, Teresa de Jesús yacía inmóvil en su lecho, donde acababa de exhalar el último suspiro; la luz de la lámpara, próxima á extinguirse, dejaba en sombras la celda, y sólo el blanco rayo de luna acariciaba la serena frente del cadáver.